

TÁMIRIS EL TRACIO

Aurelio Pérez Jiménez

Universidad de Málaga

Οἳ δὲ Πύλον τ' ἐνέμοντο καὶ Ἀρήνην ἐρατεινὴν
καὶ Θρύον, Ἀλφειοῖο πόρον, καὶ ἔτυκτον Αἰπύ,
καὶ Κυπαρισσήεντα καὶ Ἀμφιγένειαν ἔναιον,
καὶ Πτελεὸν καὶ Ἑλος καὶ Δώριον, ἔνθα τε Μοῦσαι
ἀντόμεναι Θάμυριν τὸ Θρήϊκα παῦσαν ἀοιδῆς,
Οἴχαλίηθεν ἰόντα παρ' Εὐρύτου Οἴχαλιῆος·
στεῦτο γὰρ εὐχόμενος νικησέμεν, εἴ περ ἂν αὐταὶ
Μοῦσαι ἀείδοιεν, κοῦραι Διὸς αἰγιόχοιο·
αἱ δὲ χολωσάμεναι πηρὸν θέσαν, αὐτὰρ ἀοιδὴν
θεσπεσίην ἀφέλοντο καὶ ἐκλέλαθον κιθαριστύν·
τῶν αὖθ' ἠγεμόνευε Γερήνιος ἱππότης Νέστωρ·
τῷ δ' ἐνεϊήκοντα γλαφυραὶ νῆες ἐστιχώωντο.

Otros ocupaban Pilos y la deliciosa Arene
y Tríon, curso del Alfeo, y la bien construida Epi,
y habitaban Cipariseenta y Anfigenía,
Ptéleon, Helos y Dorion. Aquí las Musas salieron al
encuentro del tracio Támiris y acabaron con su canto,
cuando venía de Ecalia, del palacio del ecalieo Éurito.
Pues pretendía jactanciosamente vencerlas, si ellas
cantaban, las Musas, hijas de Zeus portador de égida.
Aquéllas, irritadas, lo dejaron ciego; luego del canto
divino lo privaron y le hicieron olvidar su arte.
De éstos era jefe el noble gerenio Néstor;
con él estaban formadas noventa cóncavas naves.

(Homero, *II*. 2.595-2.607)

Nada mejor para iniciar una colección de trabajos cuyo objetivo es difundir la cultura clásica, divulgando e instruyendo a un tiempo, que unos versos de quien directa o indirectamente fue maestro de Europa. Su arte, vivo en cualquier peldaño de la cultura griega, se recreó con toda su fuerza en Virgilio. La belleza de sus imágenes señora en *Le Telemaque* de Fenelón y sus temas sirven de pretexto a obras maestras de nuestro siglo como el *Ulises* de Joyce.

Son versos, éstos de Homero, de su *Catálogo de las Naves*, que nos sirven a nosotros hoy para iniciar la historia literaria de Támiris, de quien toma el nombre -como símbolo- esta revista.

He aquí un aedo que andaba de corte en corte, famoso por su canto y su música, como los grandes poetas de la leyenda: Orfeo, Museo y Lino; pero que, como en otro tiempo Marsias y en el suyo Demódoco, se creyó capaz de contender con la divinidad. Ahora bien, igual que tantos otros -Tiresias, Edipo y el propio Homero- no deja de ser un hombre al que la pérdida de los ojos físicos le permitió ver la auténtica realidad con la luz del alma.

Creo, pues, que es buen símbolo este Támiris o Támiras, -ambas formas son válidas en la tradición-, para los *Cuadernos de Cultura Clásica* que desde ahora abren sus páginas con el deseo y la intención de compensar insuficiencias: las que un espíritu en exceso tecnócrata y utilitarista provoca con su incultura literaria en nuestra sociedad.

No en vano también fue Támiris un escritor, συγγραφεύς, como lo llama Eusebio, del que hacían cuenta los autores cristianos de los primeros siglos en su empeño por sincronizar la historia bíblica con el prestigioso mundo pagano. Taciano, por ejemplo, cierra con nuestro hombre y con Filamón -que fue su padre- el famoso catálogo de poetas, músicos y taumaturgos griegos a los que, según él, fue anterior Moisés. Como hombre de letras, escribió una *Teología* una *Cosmogonía* y una *Titanomaquia*, poesías e himnos que denotan un espíritu sensible, un hombre de su tiempo, enraizado en los temas antiguos pero mirando al futuro, igual que lo fue después de él Hesíodo. Un buen ejemplo para nosotros, humildes entusiastas del saber greco-romano, cuyo destino, el nuestro, es mantener la memoria de los orígenes y hacerla asequible a generaciones que vengan después.

De espíritu innovador fue Támiris para los griegos cristianos de la Antigüedad -Clemente de Alejandría y Eusebio- y para algún que otro latino, como Plinio el Viejo; nos dicen ellos que abrió nuevos caminos a la música inventando la armonía doria, suceso que daría su nombre, según el historiador Dositteo, al lugar donde Homero, en los versos ya citados, dice que fue cegado por las Musas.

La popularidad que el personaje fue adquiriendo con los siglos le atribuye diversos padres -casi por unanimidad el aedo Filamón y excepcionalmente Etlio, hijo de Endimión- y diversas madres, siempre envueltas en ese halo de sensibilidad y delicadeza que rodea a las ninfas; ya se trate de Argíope, que vivía -y no podía ser menos- en el Parnaso, de Arsínoe, como quiere *Suidas*, de una ninfa del Peloponeso que huyó al monte Atos, o de las musas Melpómene o Érato, patronas como se sabe de la lírica coral y de la tragedia.

El nombre de Támiris está unido a los orígenes de la cultura antigua, reflejados en la belleza y el arte citaródico de este poeta; y se asocia, en las claras mañanas del espíritu griego, con otros tan conocidos como el de Lino, maestro de Heracles y maestro o discípulo suyo, Orfeo, Olimpo, Museo, Femio, Demódoco, Anfión y el mismo Homero a quien el autor del *Certamen* lo convirtió en su hijo. Venció con el canto en los Juegos Píticos -brota en su mito de este modo la cultura ahijada por el dios Apolo-, y su alma vive para Platón en un ruiseñor lo mismo que la de Orfeo en un cisne. Pero de los personajes a los que lo asocia la leyenda, nos interesa en especial su relación temporal con Cadmo, personaje éste también de obligada referencia en el nacimiento de la cultura literaria, pues trajo a Grecia las letras fenicias que recibieron su nombre, *καδμεία*, según la historia de Heródoto.

Servidores de esas letras, un monumento perenne que en su forma griega y latina pregona la inmortalidad de la sabiduría clásica, nosotros debemos compartir el afán de

Támiris por unirse a cada una de las Musas, símbolo del conocer universal, aunque no debamos seguir su ejemplo. Nuestra aproximación a la filología, a la historia, a la ciencia, a la filosofía, a la religión, a la vida de los griegos y romanos, que es tanto como decir a su pervivencia secular, no tiene que ser ni orgullosa, ni insolente, como lo fue el desgraciado reto de Támiris a las Musas, en la versión de Homero, o al propio Apolo según uno de los escoliastas al verso 272 del *Ibis* de Ovidio:

Thamyras cum Apolline, Demodocus cum Musis, certaverunt. Et Thamiras et Demodocus superati sunt : Thamiras ab Apolline, Demodocus a Musis, unde lumina amiserunt.

Támiras con Apolo, Demódoco con las Musas, compitieron. Tanto Támiras como Demódoco fueron vencidos: Támiras por Apolo, Demódoco por las Musas, por lo cual perdieron los ojos.

De esta forma, tal como indican los testimonios, Támiris se vio privado, en su necedad, de la vista y dicen otros que también de la lira; es decir, perdió la capacidad creativa, justo castigo a su insolencia. Pero nosotros, empeñados en recoger una herencia inconmensurable, asumiremos desde ahora nuestra tarea con la humildad propia del investigador, cada vez más conscientes de cuán cierto era el dicho de Sócrates, "yo tan sólo sé que no sé nada"; y la asumiremos además con serenidad y aplomo, con ese humanismo que convierte al buen pedagogo en un Hermes psicopompo, en un Mercurio, en un guía que dé confianza a aquéllos en quienes deseamos infundir amor y no menosprecio por nuestro pasado.

Si a través de las páginas que hoy se abren somos capaces de revivir ese pasado; si a través de ellas tenemos fuerza para darle un sentido en el presente, nuestro objetivo se habrá cumplido. Abrir otra vez los ojos que Támiris cerró para siempre es nuestra tarea; rescatar su lira ya olvidada; asumir para un lector que somos todos la misión de lazarillo que cumplió cabalmente Antígona con su padre, Edipo. Pongamos nuestra mirada llena de entusiasmo al servicio de

los que la necesitan; ofrezcamos a la sociedad futura un camino de ilusión y de esperanza. Que por él vuelva a transitar de nuevo, con el calor que le es propio, la sangre siempre viva del mundo clásico. Que, con estas páginas, cuantos se asomen a ellas acaben diciendo lo que la estatua de Támara dijo al final de su epigrama:

ἀλλὰ, θεαί, μολπῆς ὑμετέρας αἶω.
pero, diosas, oigo vuestro canto.